

LINADELLÁS

ROSE **MARY** SALUM



colección **[dis]** locados

UNA DE ELLAS

Rose Mary Salum

colección **[dis]** locados

literalpublishing

Diseño de portada e interiores: DM

Este libro fue posible gracias al apoyo del Humanities Research Center y la School of Humanities de Rice University.



D.R. © 2020, Rose Mary Salum

D.R. © 2020, Literal Publishing

Crestón 343,
México, D.F., 01900

5425 Renwick Dr.
Houston, Texas, 77081
www.literalmagazine.com

ISBN: 979-1-942307-35-8

Ninguna parte del contenido de este libro puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso de la casa editorial.

Impreso en Estados Unidos / Printed in the United States

ÍNDICE

La nuez, <i>11</i>
Una de ellas, <i>17</i>
La ley, <i>27</i>
Agua densa, <i>37</i>
Vestido rojo, <i>43</i>
Plaza de las alegrías, <i>53</i>
Lecturas, <i>67</i>
Ocho, <i>75</i>

UNA DE ELLAS

LA NUEZ

*...Ser por esa noche
el pájaro. Solo por esa noche
la ventana cerrada. La soledad. El viento.*

EDUARDO CHIRINOS

Ven, siéntate aquí conmigo, justo a mi lado Estoy desconcertada Hace unos minutos me quedé dormida y soñé que un hombre me abrazaba No era un gesto corporal común, unos tentáculos exploraban cada parte de mi cuerpo Me tomaba por la espalda y se movía con cadencia No, no eras tú Él era alto, fornido, tenía el tipo de ese artista que tanto nos gustaba cuando recién nos casamos, ¿lo recuerdas? Yo tampoco Su nombre se ha ido borrando de mi memoria Cada vez me importa menos el mundo exterior y más mi persona Es raro, ¿verdad? Antes vivía hacia fuera, al pendiente de ti, estaba al tanto de las noticias, las últimas novedades del arte y los actores políticos del momento Ahora no me interesan Veo esto como una película repetida Siempre es igual: los mismos personajes, las mismas circunstancias, las mismas conclusiones Ahora todo para mí ha cambiado, me preocupan mis propios descubrimientos Mis padres me notan extraña, preguntan qué me sucede Tú me percibes distinta, tus hermanos dicen que soy rara y algunas amistades me evaden Tengo miedo Voy quedando deshabitada A nadie le importa el diálogo porque con frecuencia conduce a la amargura Anoche salí con Lola y Rebeca Hacia el final de la cena percibí cómo me fueron de-

jando al margen de la conversación En realidad fue mi culpa, no me gustaron los comentarios que hizo Lola sobre las mujeres Se burlaba de alguna de ellas pero apenas puse atención ¿Debería ser más compasiva? ¿No es eso lo que se espera de una mujer? Sin embargo, esto ya no me atañe Por eso temo, porque eres lo único que me queda y si te pierdo, estaría sola Ven, no te vayas, te juro que no son cursilerías No, tampoco me estoy haciendo ideas raras ¿Para qué querría traer a Lola con nosotros? No te entiendo No necesito una compañera Hace poco soñé que me desprendía de mi piel como quien se quita una cáscara del cuerpo Esta era gruesa y dura, con un poco de esfuerzo, la abría y la tiraba al piso El cascarón se desplomaba y mi cuerpo desnudo quedaba al descubierto No me mires así, como si estuviera drogada ¿Recuerdas aquella época en la que perdimos todo y no teníamos dinero ni para ir al cine? No salíamos a ningún lado Aunque me equivoco, tú salías a deshoras No quiero decir más que lo que estoy diciendo Nos sentábamos los fines de semana frente al televisor con una bolsa de nueces que impaciente quebrabas para luego deglutirlas mientras veíamos dos o tres películas Al final, ya con los ojos como granadas, nos desnudábamos para mojarnos en nuestros propios cuerpos Fue una época hermosa, ¿verdad? Es cierto, también difícil Sí, eso también lo recuerdo Ya sé que siempre quisiste una familia numerosa pero, ¿fue mi culpa no haber podido tener hijos? De eso los dos somos responsables En esta búsqueda absurda de nuestro ser solíamos usar drogas hasta perdernos Me parece injusto insinuar que todo fue culpa mía, si por eso vivimos este exilio voluntario Fue idea tuya la de venir a este país para atender ese problema médico Y mira, no ha sido tan malo, de otra manera no hubiéramos adoptado a Talina Ella llegó como una ráfaga de aire fresco En efecto, no ha sido fácil Lo sé Menos

para mí aunque no es necesario recordarlo Tampoco tus largas ausencias No insinúo nada, menciono cómo sucedieron las cosas De no haber sido por Rebeca, no sé qué hubiera hecho Lola ni se paró por la casa, al menos no por mí No seas tan presumido, un poco de modestia te iría mejor No, espera, no te levantes, te digo que te quedes Anda, abrázame Nunca me he sentido tan desprotegida Es como si el amor se hubiera desprendido dejándome desierta No sé, no preguntes qué me sucede No, ya te dije que no es la edad, ni tampoco que extrañe a Talina Ya lo mencioné antes, he trabajado en mí misma todos estos años y ya no me conformo con cualquier cosa No digas eso Ven, no te enojas, no soy soberbia, te digo que me siento aislada ¡No quiero buscar amigas! Siempre tus mismas respuestas No, de ninguna manera, no pienso llamarla A ella menos que a nadie ¿Por qué te enojas? ¿Qué dije para que reaccionaras así? Ven, regresa, no me dejes aquí Tengo mucho miedo Le temo a esta soledad Antes las personas así tenían un espacio, vivían enclaustradas en un mundo para sí mismas Ahora es distinto Una se va quedando sola, despoblada Me cuesta estar con la gente y cuando te pido tiempo para hacer mis meditaciones te enfadas conmigo No, no empiezo No, tampoco estoy buscando pleito ¿Me dejas explicarte? En el sueño que tuve hace unos minutos Pero, ¿por qué reaccionas así? Te digo que es un sueño Me hablas como si te hubiera sido infiel ¿Cómo que casi? No todo el mundo es como tú No estoy tratando de decir nada, sólo digo lo que veo ¿Qué no quieres hablar de eso? Continuaré hablándolo hasta que me escuches A ratos pienso que te comportas como un niño Deja de avanzar Anda, vuelve Extiende tus propios tentáculos a mi alrededor Ven Por favor

UNA DE ELLAS

*El poema que no digo,
el que no merezco.
Miedo de ser dos
camino del espejo:
alguien en mí dormido
me come y me bebe*

ALEJANDRA PIZARNIK

—¿Se da cuenta que ha cometido un plagio? —Dijo la detective con una seriedad poco creíble.

—No lo creo —contesté y seguí leyendo.

—Esto que me acaba de mostrar es una copia exacta del libro *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza. No hubiera importado si la citara, si añadiera una nota aclaratoria a pie de página, si hubiera entrecomillado esas frases, si por lo menos tuviera la humildad de aceptarlo, si no fuera tan descarada, si no fuera mentirosa, si no fuera..., ¿cuál es la palabra que busco? ¿Cínica?

—Yo no usaría ninguno de esos adjetivos y tampoco creo que lo escrito haya sido un plagio.

—Pero si es una copia deliberada, palabra por palabra ha quedado registrado en este texto. ¿Y aun así dice “no lo creo”?

—No he copiado nada. Es más, ni la conozco. Apenas la vi hace unos días cuando vino a dar una conferencia a la universidad pública. Me preguntó si yo era la editora de “la mejor revista literaria” como, a propósito de una publicación que

dirijo, había dicho alguien en una de las redes sociales. Pero de allí a decir que la conozco, me parece una exageración. Para conocer a alguien se necesita convivencia, tiempo, diálogo, gestos cómplices, chistes locales, ironías sutiles, cariño y acuerdo. Esa acumulación de experiencias no existe y dudo tenerla algún día: ella vive en una costa de Estados Unidos y yo en la opuesta.

—De no aceptar la acusación que ella y la misma editorial han hecho, mañana estará en todos los periódicos: “una mujer que se dice editora y escritora (una farsante), copia letra por letra la novela de Cristina Rivera Garza y tiene la desvergüenza de negarlo”. Será el fin de una carrera que aún ni siquiera inicia. Patético, ¿no?

—Tendrán que probarlo —dije de inmediato dando por terminada la sesión.

Pero ésta no terminó y la detective mandó a llamar a su secretaria para pedirle el libro de la mentada autora —y de la que ahora quería saber más, leer todo sobre su obra; cómo había llegado a publicar en Tusquets y por qué se me relacionaba con ella. Empecé a sentir una urgencia incontrolable de apropiarme de sus libros, no tanto para defenderme del manójo de acusaciones que ahora se me imputaban sino porque un morbo muy extraño me empezaba a dominar, guiaba mi curiosidad. La detective sacó los lentes de su bolso, que solo aumentaron el tamaño de sus pupilas porque, aunque inclinó la cabeza para acercarse al texto, su forma de mirar delató de inmediato que no veía ni con la graduación de sus gafas. Tomó mi libro, lo abrió en la primera página y dejó un separador que iba a retomar (eso parecía) en cuanto apartara la hoja del otro libro. Tomó entonces el libro de la autora a la que, insisto, jamás había leído y comenzó su lectura en voz alta:

¿Cómo decirle a la Detective que todo poema es la imposibilidad del lenguaje por producir la presencia en él mismo que, por ser lenguaje, es toda ausencia? ¿Cómo comunicarle a la Detective que la tarea del poema no es comunicar sino, todo lo contrario, proteger ese lugar del secreto que se resiste a toda comunicación, a toda transmisión, a todo esfuerzo de traducción?

—¿Está escuchando? Porque la veo muy distraída.

—Claro, ¿qué le hace pensar que no estoy oyéndola con atención?

—Desde que comencé la lectura no ha dejado de picar todos los botones que tiene su celular, así que haga el favor de dejarlo en este mismo instante. Señorita secretaria, en este momento recoja el teléfono de las manos de la inculpada y grabe la conversación.

—¿Cuál es el problema de que tome nota de lo que está leyendo? Me parece muy interesante eso del lugar secreto, cómo ha sido expresado y quiero escribirlo. ¿Hay algo de malo?

La detective hizo un gesto con la mandíbula, parecía que se le iba a desprender del resto del cráneo y, claro, de la cara. La asistente debió percibir lo mismo y antes de que se le cayera al suelo como un cajón sin rieles, se paró de inmediato y extendió su mano para que entregara el aparato. No quería empeorar la situación, así que entregué el celular. La detective colocó sus lentes sobre su hueso nasal, me miró con agudeza, los ajustó en su lugar y continuó:

¿Cómo decirle, sin atragantarme con el sorbo de agua y esa tristeza que me producía constatar, una y otra vez, que la lengua nunca será un órgano de resurrección, que las palabras, como dice Pizarnik unos versos más adelante, en

esa declaración no por acertada menos sombría, que “las palabras no hacen el amor/ hacen la ausencia”? ¿Cómo explicarle a esta mujer tan firme, tan bien informada, que mientras ella señalaba, con su inmaculada uña corta, la palabra *castrado* en un poema sobre lo inservible, sobre la inutilidad de todo poema yo no hacía sino recordar, en el lenguaje que es todo recuerdo y, por serlo, es todo ausencia...?

Detuvo su lectura a la mitad del párrafo y colocó el libro sobre la mesa con hartazgo. Luego tomó el mío y comenzó a leer. Como era de esperarse, su lectura fue distinta.

—¿Se da cuenta? Es lo mismo

—No. No lo es. Yo no he colocado una coma antes de “sin atragantarme”, como hace ella. Tampoco he puesto en el papel todo lo que esa autora; yo me refería a otro tema. Usted sabe, no creo que sea necesario explicar las metáforas. Además, me parece muy aventurado y acusatorio lo que pretende demostrar. Es una ofensa a mi inteligencia pues resulta evidente que yo busco hablar de la castración de las ideas y ella, por lo que ha estado leyendo usted, habla de la castración real de un hombre. Las cosas no pueden ser más claras y diferentes. Aún no me explico por qué no ha entendido.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Castrar a un hombre?

—Mire nomás, ahora resulta que tiene sentido del humor. Tan simpática usted. ¡No se haga la chistosita! ¿Por qué ha plagiado un texto completo y no tiene reparo en negarlo?

—¿No lo he dicho ya de mil modos? No he copiado a esa autora. Y si lo que ella dice es idéntico a lo que yo quería expresar, no por haberlo dicho antes, en términos estrictamente temporales, me quita el derecho a enunciarlo a mí también.

Si los textos salieron del mismo modo, si el acomodo de las frases es el mismo o parecido, no es mi culpa.

–Tusquets y su autora, ¡ah!, y las leyes nacionales e internacionales de *copyright*, le han privado a usted de ese derecho a partir de la impresión de la novela en octubre del 2007. Y no sé si padece una tara mental porque es evidente además que acaba de aceptar su culpa en este asunto. Con esto daré por terminada nuestra sesión declarándola culpable.

–Usted no entiende nada. Ella y yo somos de la misma generación y aunque hemos vivido situaciones distintas en ciudades ajenas, pertenecemos a un momento de la historia que, por estricta lógica, se contrapone a la generación anterior. ¿Qué quiere que escriba sino lo que me corresponde escribir como una respuesta al pasado? ¿Qué palabras usar si no las requeridas para exponer eso a lo que estoy reaccionando? Ya Hegel lo dijo con toda la claridad posible. La sociedad reacciona y de esa reacción deviene una síntesis. ¿No se da cuenta de que la libertad no existe y el estilo propio del que tanto se ha cacareado es una falacia, una absurda ilusión, un triste engaño, una mentira estúpida, un intento de dar existencia a lo imposible?

–La que está ofendiendo mi inteligencia es usted, ¿sabe? Porque si no, más vale que lo entienda pronto antes de que colme mi paciencia y le asigne una pena mayor para que sepa quién tiene la autoridad en esta sala.

–Discúlpeme pero, con todo el respeto que se merece, aquí la única que no ha entendido es usted. He sido clara desde un inicio y no comprendo el por qué de esta investigación. Lo explicaré mejor. Hace unos días tuve un sueño. *Caminaba por el parque y vi un cuerpo, mi cuerpo. Me lo dije así: ...pero si es un cuerpo. Al inicio no reconocí las palabras. Dije algo. Y eso que dije o creí decir era para nadie o era para*

nada o era para mí que me escuchaba desde lejos, desde ese lugar interno y hondo a donde no llega nunca el aire. Después de explorarlo, rodearlo, interpretarlo, de hacerlo legible, de observarlo como se puede ver desde una cámara al vacío, si es que eso es posible, quise pronunciar algunas palabras, pero no me fueron dadas, alguien las había tomado de ese arsenal de expresiones de donde nos surtimos para enunciar lo real. Había llegado tarde por algunos segundos o una eternidad y sólo por alguna cuestión geográfica o un movimiento inconsciente de los paralelos del hemisferio norte —¿o habría sido el sur?—, las letras, palabras, frases, oraciones, preguntas y certezas, todas ellas y los párrafos en su totalidad, habían desaparecido. La desesperación, el sentido de un fracaso, la imposibilidad de desdecir lo dicho y nombrar el mundo con una voz propia. A partir de ese momento, sólo tendría acceso a su eco. El cuerpo estaba mutilado: había perdido las manos y la boca o lo que había sido una boca. El punto donde surgen las primeras elaboraciones guturales estaba destrozado. Yo sabía quién lo había hecho. Empecé a mostrar fascinación por su forma de escribir, por la manera cómo elabora sus ideas. Habían pasado ya más de 5 años desde que había comenzado a buscar las formas, la combinación precisa de los sustantivos, los verbos adecuados para reaccionar a lo que veía: ser parte de la antítesis apropiada. Entonces me dije: yo quiero escribir de ese modo. Tomé algunas de esas palabras y ellas cayeron en su forma exacta, es decir, en la que estaban destinadas a ser en el papel. Allí terminó mi sueño.

—¿Se fija en lo que le digo? Todo esto que le acabo de contar sucedió en un sueño, pero no en la realidad. *Ergo*: eso no califica de plagio. ¿Es difícil de inferir? Ella y yo, por lo que usted misma ha afirmado antes de comenzar la grabación de este diálogo, nacimos en el mismo año. Y lo reitero: no co-

nozco a esta mujer y mucho menos su obra. Confieso además que apenas termine este interrogatorio que me está haciendo perder el tiempo, iré a comprar sus libros –los de Cristina, no los suyos. ¿Ha escrito usted algún libro?

–Usted se burla pero es evidente que está loca de remate. No distingue la realidad de la fantasía. El caso se cierra y el veredicto saldrá a la luz mañana a primera hora. Lo anterior, como sabe, ha sido grabado. Siento mucho su actitud negativa, su falta de responsabilidad. Su insolencia.

La detective puso ambas manos sobre la mesa, se inclinó hacia el frente, empujó la silla hacia atrás con un movimiento de la cadera y se levantó. La secretaria, que había estado presente desde el momento de la lectura y que ahora retenía mi teléfono celular, corrió a entregarle un portafolio del cual la detective sacó un papel y una pluma. Ella, la secretaria (la detective dijo sentirse cansada tras haber perdido el tiempo con una lunática) me acercó una hoja para que firmara de una vez.

–Exijo más tiempo para mi defensa, dije. Esto aún no ha terminado y no pienso firmar nada.

–Firme, rogó la secretaria mientras se acercaba a mí con ojos suplicantes. Mire, yo la entiendo: hay momentos en que un adverbio lejano se apodera de mi cuerpo. Voy por esos días sonámbula y transparente, justo como me siento ahora, casi diluida. Entonces quisiera mutilarme, hacer desaparecer eso que ha dominado alguno de mis miembros. Castrarme si eso fuera posible. Desaparecer de este universo. Le suplico que firme.

Lo que allí se mostraba se hacía visible y desaparecía, una luz intermitente que se originaba desde el despunte de la aurora, parecía alumbrarlo. Lo impreso no era legible: desde que la detective salió de mi habitación todo se confundía entre las luces y el rocío, entre sonidos ajenos y una duplicidad pla-

neada, entre la vigilia y lo que se inventa, entre la mañana y una tarde de oficina. Traté de leer lo que debía firmarse, pero seguía sin entender; los párrafos palidecían, desaparecían. Se diluían entre una hoja blanca que servía de fondo a un entorno aún más blanco y translúcido, tan grueso como una delgada membrana que separa dos órganos distintos, dos universos paralelos. No logré asirlos.

—Es cierto, te dije, el lenguaje es todo recuerdo y, por ello, ausencia.

LA LEY

Artículo I

No conozco a la madre de Rosario. Solo sé que la chantajea, le miente y juega con sus sentimientos para que le siga enviando dinero hasta Durango. A la fecha no entiendo cómo lo ha logrado. La mamá sabe que, en cualquier momento, Rosario la olvidará. Desde que vive en Estados Unidos, Rosario sufre por las imposiciones y las rabietas que hace su progenitora cada vez que la llama por teléfono los fines de semana. De lunes a viernes trabaja conmigo. Ella llora cada vez que la saludo. Rosario no puede desapegarse de su madre, no importa a cuántos kilómetros de distancia esté.

Artículo II

A la hora del almuerzo, Rosario abandona la aspiradora, el trapeador y el plumero y viene hacia mí para saber qué opino respecto de un negocio que quiere iniciar. Yo me pregunto si entiende la dimensión de su atrevimiento, y mientras pienso eso, vuelve a interrumpir con la pregunta de siempre: ¿cómo la ve?

Artículo III

Tampoco conozco a su novio. Tiene más de seis meses en esa relación y desde entonces él ha buscado la manera de iniciar

una empresa. Me parece que ha ido inculcando esas ideas en la cabeza de Rosario. No creo que a ella se le hayan ocurrido semejantes pensamientos. Sé que su novio tiene una troca roja, con cuatro asientos de piel y defensas brillantes de metal. Eso indica que el muchacho gana buen dinero o, quizá, sabe robar autos. Este es grande, de muy buena marca, y su color rojo siempre brilla impecable. Me pregunto, sin embargo, por qué ella le dice troca al vehículo; no nació en Estados Unidos y tampoco es chicana. Llegó, según me cuenta, hace poco más de dos años, después de mucho sufrimiento y días de hambre. La semana pasada fingí no entender sus expresiones y cuando comentó que pondría un negocio de yardas repetí después de ella: ¿Yardas? Sí, yardas ¿Qué son las yardas?, pregunté con sarcástica ingenuidad. Lo verde de allá afuera, el zacate, las plantas, lo que está detrás de la ventana, dijo y me indicó con el gesto de su brazo que mirara hacia el jardín. ¡Ah! El jardín, contesté con cara de haber comenzado a entender. Quieres incursionar en el mundo de la jardinería. Por respuesta obtuve un gesto de superioridad.

Artículo IV

Además del novio y la madre, Rosario tiene un hermano. Él no se atrevió a cruzar el río, estaba joven en ese entonces, me explica Rosario en uno de esos descansos que ella se auto concede. Pero ahora lo que me preocupa es que ya se fue al seminario y a lo mejor lo mandan a Roma. Qué bueno, le digo fingiendo un cierto interés. Me parece que ese viaje le dará una perspectiva que acabará por enriquecerlo. Pero él tiene miedo, dice. ¿De qué?, pregunto. De que no pueda ganar lo suficiente. En definitiva, no ganará nada, Rosario; así que,

si decide irse, lo debe pensar muy bien. Tendrá que dar por terminada su vida en este mundo; va a dejar de ver películas, comprar revistas pornográficas, beber micheladas, estudiar muy duro y “guardarse la manita”. Rosario no entiende a qué me refiero con esa última frase, o no me escucha porque interrumpe: yo le digo que se salga, porque además ya no aguanta a mi mamá, le insisto en que se venga conmigo, pero él no se anima. Cualquiera que sea su decisión, tendrá que pensarlo muy bien, le comento a Rosario y, de inmediato, me incorporo dando a entender que doy por terminada nuestra conversación.

Artículo V

Yo le pido a Dios que ilumine a mi hermano, que le muestre el camino, ¿sabe?, me viene a interrumpir Rosario con esa jeringonza cuando he dedicado la mitad de la mañana a ignorar los correos electrónicos, las llamadas telefónicas y los mensajes del celular. Necesito tiempo para preparar mi clase y aunque faltan tres horas para presentarme ante mi grupo, no logro concluir mi ponencia. En este preciso momento en que me encuentro tan apurada, lo último que me interesa es saber del hermano de Rosario. Mucho menos de Dios: si concede o no concede, si ayuda o no, si castiga o ni siquiera existe. Me importa un pepino. Sólo deseo acabar de preparar mi clase porque no quiero llegar a pasar vergüenzas delante de veintiocho estudiantes cuya única intención es ridiculizarme en cuanto se presenta la oportunidad. Por toda respuesta, deposito mis ojos en la pantalla de la computadora y le pido que cierre la puerta al salir.

Artículo VI

Este viernes Rosario llegó llorando. Operan a su madre de los ojos y no sabe si le alcanzará el dinero para la cirugía. Tiene dos años mandando una mensualidad para pagar la casa que la madre se construyó gracias a su ayuda. Como me describe los planos del proyecto, no creo que a eso se le pueda llamar casa; pero será un techo, así que, si estamos tratando de ser concretos y correctos, la palabra perfecta es casa. Tendrás que ahorrar, le aconsejo, mientras continúo hojeando el diccionario de la Real Academia Española. Pero es que aún tengo que pagar mi coche, ayudarle a mi novio con su troca y juntar para mi negocio de yardas. Dios proveerá, le digo sin mucha convicción para tranquilizarla y para que no se le ocurra pedirme un aumento de salario. Cuando desprendo mis ojos del libro para verla, ella se jala los dedos con desesperación y su mirada se encaja en la rueda de mi silla.

Artículo VII

Perdón por llegar tarde, se excusa Rosario cuando apenas cuelgo el teléfono. Doy un brinco porque pensé que no había nadie en casa. Me asustaste, le digo con el ceño fruncido y una ira mal contenida. Y en ese momento pienso que la libertad no existe, que todos reaccionamos igual frente a circunstancias análogas. Si se hiciera un programa del Discovery Channel, dirían que los humanos presentamos las mismas reacciones frente a los mismos estímulos..., o algo parecido solo que más elaborado, más parsimonioso y en inglés. Fui al ginecólogo, interrumpe mis divagaciones, tengo una infección. Y entonces, dentro de mis pensamientos, pido a gritos volver a ellos. Quiero estar sola y

continuar con mi trabajo. No me interesan los asuntos privados de Rosario, sus excreciones, sus dolores, sus males. Trato de eludirla, pero está parada en el portal de mi estudio y obstruye la salida. Respiro profundo y trato de calmarme. Rosario, debes tener cuidado con esos detalles, son muy delicados. ¿Te estás cuidando? El rostro de Rosario se confunde con el de la pared bermellón. Es que usted piensa mal de mí, yo no soy de esas. No, Rosario, pero tienes que ver por ti misma; si quieres a tu novio es natural que tengas relaciones sexuales con él, no me malentiendas. Lo que intento decir es que consideres que debes atender ese problema y ver por ti. Rosario se tranquiliza. Lo sé porque ya ha pasado a mi estudio, está sentada en uno de mis sillones, cruza las piernas y habla a una velocidad que apenas puedo seguir. Al final remata sus comentarios con la frase de siempre: ¿cómo la ve?

Artículo VIII

Hoy salí con sigilo de la casa para que Rosario no me escuchara. Me deslicé por la puerta del garaje y pedí ayuda al chofer. Tengo que presentarme en la corte y ser parte del jurado en un caso de indocumentados. Todo esto es absurdo porque me corta la mañana. Es muy molesto lidiar con esas cosas. Además, ¿qué puede uno aprender de este tipo de casos? ¿Qué beneficios puedo sacar? ¿Qué contactos puedo hacer en una sala donde la única preocupación son los *wetbacks*?

Artículo IX

Rosario entra intempestivamente al cuarto en donde me encuentro, toma el palo de la escoba con las dos manos, lo

para frente ella, acomoda su antebrazo encima y, sobre él, su mentón. Mientras se revisa las uñas, me dice que le gustaría hablar conmigo. Es tan abrupta y sorpresiva su entrada que no logro negarme. Dejo el teclado de la computadora y también dirijo mi mirada a sus uñas. Con destreza despega el esmalte rojo con su pulgar. He estado pensando, me dice Rosario esta mañana, creo que sí me lanzo a poner mi negocio de yardas. No creo que te convenga, le digo con cierta firmeza para que de una vez por todas olvide esa idea. Como ignora mi comentario y continúa explicándome con detalle sus planes, intento evadirme proyectando en mi cabeza una conversación imaginaria que me sirve de desahogo. Conmigo tienes una entrada fija y en ese negocito absurdo que piensas iniciar no sabes si comerás a diario. Además, yo requiero de tus servicios. Sabes bien cuánto te necesito y si me dejas, me podría caer o sufrir un accidente. No creo que te interese que llame a la oficina de inmigración y te reporte, ¿verdad, Rosario? Tengo que ver por mí misma, esta es la ley de la selva. Pero yo estaría al pendiente de usted todos los lunes, escucho decir a Rosario como si estuviera contestando a mis pensamientos. Cierro los ojos, mientras ella continúa su parloteo, no me interesa ver la altivez en sus gestos.

Artículo X

Rosario no se ha presentado a trabajar esta semana y empiezo a temer lo peor. No me puedo concentrar en la preparación de mis clases, la casa está hecha un tiradero y no tengo quién me ayude a limpiar las huellas negras que dejan las ruedas de mi silla. Le he marcado innumerables veces a su celular y la amiga que vive con ella tartamudea cada vez que le pregunto si sabe

algo de Rosario. ¿Se habrá enojado después de nuestra última conversación? No creo que ese sea el motivo de su silencio. Con lo expresiva que es me lo hubiera dicho de inmediato. Decido entonces poner un plazo y me prometo volver a llamar a las autoridades si no me contesta esta misma semana.

Artículo XI

Rosario me llama un lunes por la tarde. No estoy segura de su reacción, de si está llorando; se escucha ruido en el fondo. La culpa me permite preguntarle apenas cómo está y cómo puedo ayudarla. Me dice que necesita dinero. Le digo que regrese, pero me confiesa que no puede. Por qué, Rosario. Porque necesito el dinero. Pero si vienes te lo doy enseguida. Es que le tengo miedo a la migra. ¿Qué hay con la migra? ¿Es por eso que no viniste la semana pasada? ¿Por qué no me contestas? ¿No puedes hablar? Dime cómo te puedo ayudar, Rosario. Necesito dinero. ¿Cuánto necesitas? Por lo menos dos mil dólares. Es una cantidad imposible, sabes que no la tengo. Si no me la da no sé si puedo regresar. ¿Entonces sí te agarró la migra? ¿Estás bien? Rosario, por favor dime qué está pasando. No entiendo en dónde estás ni la razón de tu ausencia. Si no me respondes, menos puedo saber qué sucede. Y entonces, sin más, entre un mar de interferencias, insiste en que no quiere que su madre pase penurias, que no sabe qué pasó, que la ayude mandando dinero a Durango, que hoy es lunes y que comience de inmediato. No puedo hacerlo, Rosario, sabes muy bien que no. Entonces gime o eso creo porque el ruido es mucho más fuerte y su voz se escucha entrecortada. Me llegan palabras llorosas y sueltas: mi madre, la casa, necesita, suplico, la migra. Su tono se eleva, pero ya no entiendo nada, perci-

bo su desesperación y la imagino en las garras de la migra, confinada, extorsionada, inmovilizada. La imagino llorando en uno de esos centros de detención, entre un tumulto de gente, sin bañarse y sin haber comido. Una gota gruesa escurre de mi frente. Siento que la culpa comienza a asfixiarme. Le doy mi palabra, le prometo ayudar a su familia y ver que nada le falte. Ella parece más tranquila, incluso la imagino sonriendo. Antes de colgar le digo que todo va a estar bien.

Artículo XII

Hace unos días me pareció ver una camioneta roja a unas cuadras de la casa. Estaba estacionada enfrente de una residencia con un jardín enorme. El parabrisas reflejaba el sol de mediodía con tal fuerza que cegó mis ojos. No alcancé a distinguir quién estaba en el lugar del conductor ni a la persona que estaba sentada a su lado. La intensidad de la luz se erguía como un muro grueso e impenetrable. Desvié la mirada. No pude resistir el reflejo que me atravesaba las córneas de forma desafiante. Amenazadora.

Artículo XIII

Cada lunes mando dinero a Durango. Sé que, en cuanto pueda, Rosario solventará sus compromisos económicos. Sé que volveremos a platicar como lo hacíamos todos los días, a pesar de todo. Estoy segura de que habrá momentos en que volveré a sentir que me quita el tiempo divagando mientras ella habla, pero también sé que a su regreso todo volverá a la normalidad.

AGUA DENSA

La noche se ha colocado sobre la mitad del hemisferio, o quizá solo sobre esta ciudad húmeda y tropical que he habitado desde hace más de 11 años. Este ha sido un viaje circular. Avanzo a oscuras por las calles, a lo lejos los grillos y el roce de llantas contra el pavimento del *freeway*. Aún hay personas despiertas a esta hora, la luz alumbra tramos de la calle. Huele a mar. La brisa parece venir desde lejos, desde un sin fin de kilómetros. Una persona pasa a mi lado. Él también parece estar haciendo su ejercicio. No me saluda. Trata de ser indiferente, como todos los norteamericanos sajones de esta parte del golfo, pero sé que me ha visto. Sé que, en cuanto acabe de pasar frente a él, cuando sepa que ya no lo observo, me verá de reojo, después lo hará con franca curiosidad, quizá con deseo. Mis *shorts* dejan demasiado al descubierto. ¿Tal vez mi blusa? El sudor apenas refleja la luz, mi piel brilla a pesar de ser morena. Tal vez sea atractiva. El calor, lejos de ceder, va en aumento. Camino más rápido, huyo.

También era verano. El sudor se adhería a la ropa. Salí de paseo a la playa y casi al atardecer mi respiración humedecía el aire que oprimía al puerto. La arena había subido de temperatura. Los cofres de los automóviles eran un hierro encendido. El sol parecía calentar la tierra desde todos los puntos inimaginables: la defensa metálica de algunos carros, las ventanas de los edificios que recién se habían construido frente al mar, las latas de cerveza acumuladas sobre una duna, el agua hirviendo. Cruzo la calle y paso enfrente de un templo cuya denominación nunca me ha quedado clara. La luz se acomoda sobre sus patios, las bancas, el hierro forjado; sus formas son diversas. La diversi-

dad como lema. Mi marcha continúa, rápida, sin titubeos. En realidad, nunca los tuve..., hasta ese día.

Olía a arena encendida, a sal, a carreras por las olas incipientes, a voces de niños embarrados de chocolate. El lugar acogía a todos, mexicanos y extranjeros, con el típico ambiente playero. A mi derecha había un grupo de adolescentes coqueteando entre sí. Algunos sonidos roncros abarcaron todo el aire por unos segundos, ¿provenían de ellos, o de ese par de hombres que se bañaban mar adentro? Traté de entrecerrar los ojos para distinguir si lo que veía a lo lejos eran dos amigos o una pareja. No logré ver nada. Había algo del océano que secuestraba mis sentidos, el olor a pescado, el aire pegajoso, las olas golpeando mis muslos mientras el sabor de una sandía refrescaba mi boca. Un hombre corpulento había estado caminando cerca de mí y me observaba sin pudor. Tal vez le parecía extraño verme comer mientras me bañaba en la playa. Pero su mirada se dirigía a mi vientre, luego a mi pecho, a mis hombros oscurecidos por la agresividad del sol. Me sentía incómoda, había algo de él que me inquietaba, pero también me excitaba. Algunos gritos volvieron a interrumpir ese campo magnético que habíamos creado en un instante y voltéé alterada. Las dos personas que veía a lo lejos, ahora se encontraban más cerca; tal vez la corriente del mar los había arrastrado hasta donde yo estaba. Uno de ellos se montó en la espalda del otro. Parecía que estaban jugando y en un instante alcancé a escuchar que uno le decía al otro: *go, go, go, go!* Pero había algo de sus movimientos que tensaron mis músculos. ¿Estaban jugando? ¿Se conocían y por eso se trataban así? La marea los seguía arrastrando hacia mí.

La iglesia, las rejas, los árboles, el jardín. He salido a una avenida. Mi respiración abandona su ritmo agitado, hay mucho ruido, los autos pasan a más de 60 km por hora desor-

denándome el cabello. Su luz me deslumbra. No me ubico, me siento perdida. Me detengo de inmediato. Giro sobre mis talones y me vuelvo por donde venía. Otra vez la calma, la oscuridad, los grillos que cantan, la noche que se ha instalado contundente. Camino, sólo camino mientras la playa aparece de nuevo en mi memoria. ¿Él lo estaba atacando? ¿Estaban chapoteando de forma agresiva? No parecía ser un juego entre amigos. Mis piernas parecían ablandarse con el agua. Mi corazón subió hasta mis sienes y el sol aumentó la dimensión de sus latidos. El hombre que me había estado mirando no se había movido. Ahora buscaba mi mirada. Deseoso. Los olores, el calor y todo aquel ambiente hipnótico habían desaparecido, ahora estaba cerca de un par de hombres que emitían los ruidos más opacos que me había tocado escuchar. Era el sonido de la piel golpeada, mojada por la sal y la cólera. Una ola les reventó de frente y los empujó hacia mí. Uno de ellos, con la cara ensangrentada, ahora podía ver todo, se incorporó con una prisa inexplicable. Aventó todo su cuerpo sobre el otro y enredó sus brazos sobre el cuello del hombre derribado por la fuerza del mar. Volví a escuchar esa orden: *go!* Quise correr hacia la orilla, abrirme paso entre el agua densa, alcanzar tierra firme, pero el impacto llegó de frente y con él la falta de aire, el agua en los pulmones, la desmemoria. Un auto me ilumina con las luces largas y me deslumbra. Me llevo un brazo a la cara y busco tomar otra ruta para poder continuar mi ejercicio. La calle por donde regreso está desierta. Camino más de prisa, impulsada por esa imagen trunca que se ha quedado incrustada en mis recuerdos. La calle parece un túnel sin fondo y la luz que brota de las ventanas no es suficiente para alumbrarla. La ciudad parece una escena de Chirico. El eco de un avión se filtra por una nube y me hace recordar el país del que salí huyendo. Siento una presencia, una mirada incisiva. Camino

más de prisa. Gotas de sudor se escurren por mis sienes. Dos hombres vienen caminando en la banquetta opuesta. Me miran, no dejan de hacerlo. Jalo la tela de mis *shorts* para cubrir un poco más de mi piel. Su mirada es extraña, sucia. No quedan remanentes de la actividad del día. Los grillos continúan incansables su canto. Llevan su propio ritmo. Acelero el paso y trato de huir de la noche, de ese par de hombres, de todo lo que está sucediendo. Ellos bajan de la banquetta y atraviesan la calle. Se acercan a mí. La adrenalina circula con más velocidad por mi cuerpo. *Go!*, me gritan. Y yo siento la necesidad de volver a esos recuerdos, como si al hacerlo pudiera escapar por una ventana del tiempo y huir de esa calle silenciosa. *Go!*, insisten con algo de odio en su tono de voz. No escucho bien, me siento aturdida y comienzo a correr para esquivarlos, para no tener que verlos más de frente. Acelero el paso mientras mis mejillas tiemblan, brincan como carne humedecida. *Get out of here!* Alcanzo a escuchar. *Go back to...!* los oigo decir mientras sus palabras se diluyen en la brisa urbana. Poco a poco los voy dejando atrás, junto con el recuerdo de los dos hombres en la playa, del mar hirviendo y de esa inminente, torva violencia.

VESTIDO ROJO

Entré a una tienda muy lujosa ubicada en la esquina de una holgada avenida. La tenue iluminación era típica de algunos almacenes europeos. Acostumbrada a los climas cálidos, el paisaje sombrío de las ciudades nórdicas no me acababa de convencer. El frío laceraba cada poro de mi piel y amenazaba con congelar mis órganos; las puntas de los dedos ya se veían azulinas. La necesidad de entrar en calor y un vestido bordado con pedrería que colgaba de una de las vitrinas me obligaron a ingresar al lugar. La prenda era muy bella. La tomé entre mis manos aún tíasas por el frío y pude percibir la textura sutil de su gasa. Por unos instantes sentí el impulso de comprarlo.

Algunos adjetivos salen sobrando en esta anécdota, pero dado el poco uso que hago del español suelo olvidar los sinónimos que podrían sustituir las frases comunes y los coloquialismos que se deben evitar a toda costa en una narración como la que aquí presento. Decía que aquel vestido era una joya, no era sólo el diseño, el gusto exquisito con el que estaban acomodadas las chaquiras sobre el peto, sino el corte impecable: la muestra esencial para poder distinguir entre el trabajo de un artista y el de un simple costurero.

Una modelo etérea exhibía con gracia otro similar; parecía flotar mientras caminaba a lo largo del establecimiento. Nunca la miré a los ojos. No sabría decir si era atractiva o no, si era oriunda del norte de Europa o mediterránea. Tal vez haya sido la visión de ese vestido y no ella lo que me impulsó a acceder a la tienda. Jamás había estado en un taller de alta costura cuyo propietario fuera un diseñador de talla internacional. Ni siquiera tendría el presupuesto para

pagar ese objeto de lujo. ¿Por qué esta vez había cedido a mis impulsos entrando a un local cuyas ofertas no estaban a mi alcance? Decía que fue la belleza de los objetos, los ríos de luz que emanaban de ellos, el sentimiento de dulzura que su sola visión produjo en mí lo que me motivó a ingresar y, lo más importante, a considerar su compra.

Prendas de esa factura durarían por siempre; la concreción de la belleza inmune a los estragos del tiempo. En ese sentido —y quizá esto se lo digan todas las mujeres que son asiduas consumidoras de la moda para convencerse de que un gasto de esta naturaleza es posible a pesar del estado actual de la economía— más que un gasto, esa compra sería una inversión.

Después de haber estado observando uno de los vestidos, llegó una persona que prometió enseñarme algunos más. Para ello, al menos así me pareció, tendría que llamar a otras para modelar los diseños, los cuales serían traídos desde el fondo de la tienda.

No faltará algún lector instruido que sostenga que, al referirme al fondo de la tienda, sepa que estoy haciendo alusión al inconsciente, aunque de manera metafórica. Pero en esos momentos yo no pensaba en la mente, en los libros, en teorías y mucho menos en escuelas psicológicas. Había accedido para resguardarme del clima, aunque al final había descubierto que en realidad me encontraba ahí atraída por la belleza y por una posibilidad.

Al cabo de un largo rato de espera comencé a sentirme inquieta. ¿De verdad había que convocar a un puñado de jovencitas para ver los atuendos? Pensaba en eso cuando al girar la cabeza hacia el pasillo izquierdo vi una puerta que me llevaría a husmear donde no había sido requerida. La curiosidad siempre ha sido una de mis virtudes primordiales por lo que de inmediato sentí el impulso de acceder. Había un corredor

angosto que en realidad no llevaba a ningún lado. Incluso, si intento ser precisa, ni siquiera lo podría llamar así porque era tan corto que lo remataba el marco de una puerta. En el centro tenía una mirilla colocada a la altura de mis ojos. Me asomé sin pena. Adentro estaba una mujer desnuda. Era alta y de piel tersa, muy nítida, casi perfecta. Sus cabellos lacios, cortados al típico estilo japonés, cubrían con un flequillo la totalidad de su frente dejando a la vista sólo la insinuación de la curvatura de sus cejas. El resto de su melena caía recta, hasta el borde de su mandíbula. Su cabello era de un color rubio afresado. O tal vez debería decir de un rojizo blondo. Estaba al lado de un hombre que la observaba mientras la esperaba detenido a su lado. La mujer, que parecía tener una edad indefinida, era de constitución menuda; tan delgada que de sólo mirar su estructura hubiera podido pensar que tenía quince años: sin formas acentuadas, sus caderas eran angostas y sus piernas blancas y largas. No pude encontrar ninguna imperfección. Su pelvis, hundida y satinada, parecía estar tallada en alabastro y su busto..., como esos senos no he vuelto a ver. Su pecho era casi plano y sus pezones apenas resaltaban de su piel en forma tubular. Lucían como dos antenas, como dos sensores abiertos al mundo; quizá para tocarlo. El hombre continuaba de pie mientras ella se desplazaba de un lado de la habitación al otro. Se movía de forma muy lenta, como si flotara. Su rostro lucía serio, inexpresivo; sus pestañas albinas le daban a su mirada un aire exótico. Su piel reflejaba la luz. Se paseaba sin rubor tratando de que algo —que aún no he acabado de entender— tuviera que culminar. Su labio superior era abultado. El silencio era fantasmal, los objetos nada atestiguaban. El único par de ojos eran los míos. Y sí, los del hombre que no dejaban de mirarla, de observar su pubis, sus senos, sus nalgas. El silencio era mi cómplice y mis pensamientos veían correr esta escena

como en un sueño. Tenía que regresar al *lobby* pero no lograba despegarme de la puerta. Hice un esfuerzo por contener mi cuerpo, no abrir la puerta y regresar al centro de la tienda, la cual lucía cada vez más deshabitada, casi irreal. Arrobada por una sensación indescriptible, volví a la trastienda aunque, en esta ocasión, me interné por el corredor del lado derecho. Se encontraba allí un taller con algunas costureras alineadas en orden y algunos maniqués. Pensé que una bodega así tendría colgados innumerables vestidos. Alguien notó mi presencia y se acercó a mí con un vestido en la mano. Lo depositó en el respaldo de una silla y, sin mayores explicaciones, se retiró. Yo miré esa obra de arte que pendía con desgano. Es sublime, pensé y tuve que hacer un esfuerzo para no decir *This is such a beautiful piece!* Debía pensar en español, si dejaba que el inglés se adueñara de mi cerebro iba a acabar por perder lo único que aún me quedaba del hogar materno. La persona que me había dejado la indumentaria con un gesto provocador ya había desaparecido. Me quedé parada frente al vestido desmayado. También era bermejo. Si quería comprar algo, ése tendría que ser El vestido. Ese vestido era yo. Si existiera la posibilidad de reencarnar como una prenda en una vida futura, reencarnaría como ese vestido rojo. Y mi nombre sería ése, El vestido rojo. Nada de nombres, de apellidos, de alias: tampoco dudas sobre si debía usar el apellido de casada, el de soltera, si perdería mi identidad, si las mujeres no teníamos el derecho de conservar lo que nos identifica, si confundiríamos a los hijos o se traumatizarían... Nada de eso. El vestido rojo. O mejor, Vestido rojo. ¿Podría en verdad pagar algo así? No sé cuánto tiempo permanecí sumergida entre tantos pensamientos. Busqué la etiqueta que me indicaría si podría acceder o no a esa prenda, a Vestido rojo. Al encontrarla lo primero que vi fue la talla. Retrocedí espantada. No habría manera de enfundar todo mi

cuerpo en ese trozo de seda. ¿Sería de ella? Respiré profundo y traté de que mi corazón dejara de golpearme las costillas. Busqué el precio y observé que había algunos números tachados mientras otros sobresalían en su color granate. Habría podido jurar que eso era una señal, que las coincidencias ya habían sido demasiadas, que el rojo aquí y allá me estaba indicando algo, que la belleza del primer traje a la entrada no había sido fortuita. Me contuve. Guardé la compostura y traté de leer los números allí anotados. La imagen volvía a adquirir sus características somnolientas. El problema es que no entendí la causa. Nunca supe si era debido al color de los números o si el precio daba a esa escena un toque absurdo: 179 mil euros. Dejé la etiqueta del vestido colgando; el vestido que, a su vez, yacía sobre la silla. Me quedé mirando a las costureras obsesivamente alineadas, los retazos de tela en el suelo silente, los cojines poblados de alfileres, todo el paisaje propio de un taller de ese rango. No podía pensar, me era imposible discernir si esa cantidad era desmesurada o pequeña, si podría pagarla o no. 179 mil euros, volví a repetir en mi cabeza. ¿Cuánto dinero es ése? ¿Es demasiado o ese vestido es una ganga? Decidí volver a la sala principal. Permanecí de pie mucho tiempo. La tienda mantenía su estado de vacuidad. Mientras tanto, continuaba dudando si debía adquirir o no el vestido, si tendría la capacidad de pagarlo, si tendría el dinero en mi cartera. Me sentí invitada a entrar de nuevo por el pasillo derecho y volver al taller. Quizá las costureras que permanecían sentadas como en un cuadro de Edward Hopper pudieran descifrar ese número, pero la irrupción de un gemido detuvo la confusión de mis pensamientos. Al parecer provenía del corredor izquierdo. ¿Sería ella? Contuve la respiración para tratar de escuchar aún más. Sentí la urgencia de volver al pasillo izquierdo, volver a la mirilla, observar lo que estaba

sucediendo en esa habitación del fondo. Ese gemido se volvió a repetir, pero no pude descifrarlo a pesar de que la tienda permanecía en completo silencio. ¿Debía asomarme? Continuaba instalada en el centro de la estancia como si una serie de alfileres hubieran zurcido mis pulsiones al suelo. Tuve que hacer un delicado esfuerzo para desprenderme y volver al pasillo del lado izquierdo; avanzaba con cuidado para no pincharme con las agujas, tampoco quería hacer ruido. Ahora no se escuchaba nada. Me acerqué aún más, la primera puerta estaba abierta, insinuante. Me detuve. Mi corazón se había vuelto a acelerar y temía que alguien lo percibiera, que delatara mi presencia, mi desbordada curiosidad. Inhalé con sigilo y al exhalar me pareció volver a escuchar otro gemido que provenía de adentro. Sentí el impulso irrefrenable de acercarme más. ¿Había sido una expresión de dolor; acaso del placer más extremo, de éxtasis? El aire retomó su sosiego. Yo seguía dudando. No sabía si entrar de una vez por ese pasillo, asomarme por la mirilla o incluso introducirme en la habitación. Había algo que me impedía avanzar. Guardé el más absoluto silencio. Sólo se escuchaba un sonido muy agudo dentro de mis oídos. El movimiento de algunos muebles, quizá una silla y otro gemido más me sustrajeron de la parálisis: debía entrar, tenía que saber. El sonido de una bisagra me congeló: alguien había accedido al taller por la puerta que conducía al pasillo derecho. Era una mujer de torso alargado. No se parecía en nada a las costureras que trabajaban alineadas. Pasó sin titubeos a un escritorio que parecía ser el suyo. Dejó su bolso, sus guantes, su abrigo y se volvió hacia mí. *Je peux vous aider madame?* Me dijo con un marcado acento boreal. Yo viré mi cabeza hacia la puerta que conducía al pasillo izquierdo; quería ver si aún podría entrar a pesar de esa nueva presencia, pero entendí que no sería posible. Me volví de cara hacia ella para preguntar,

saber más, obtener su autorización para desplazarme a mis anchas por ese recinto. Pareció darse cuenta de algo. Se acercó a mí mientras me dirigía una serie de frases que no pude entender. Su acento era indescifrable y su voz se iba alterando a cada paso. Cerré los ojos, había dejado a la vista mis intenciones, mi curiosidad, el morbo. Estaba segura de que mi cara delataba un rubor primerizo: no lo había experimentado en mucho tiempo, así que incliné mi rostro para evitar que estuviera demasiado expuesto; la vergüenza sustraía mi fuerza para dar la cara de frente. Volví al centro de la estancia con la cabeza baja, tomé mi bolsa y continué hasta la salida. Ella ahora gritaba. En algún momento pensé que iba a detenerme o incluso empujarme. No sucedió. Cuando estaba cerca de la puerta que me devolvería a la ciudad, me vi obligada a levantar la cabeza y buscar el picaporte para huir de allí. En el trayecto, mis ojos volvieron a la tienda. Entonces la visión se presentó de nuevo: ella estaba ahí, desnuda, silente. Sostenía en su brazo un vestido: Era Vestido rojo. La tentación me paralizó. Durante un tiempo que pareció una eternidad, me detuve a observarlo, a extender los tentáculos de mi atracción..., hasta que me sobrepuse. Apenas salí a la calle respiré con fuerza inhalando todo el oxígeno de aire congelado de la ciudad. Alcé la cara y dejé que los rayos del sol penetraran mis mejillas. Esta vez sonreí. Abrí mi bolso para sacar mi monedero. Dentro había una moneda gorda y acuñada en números rojos. Al centro del círculo se leía 179 mil euros.

PLAZA DE LAS ALEGRÍAS

Iba de prisa y sus senos, magullados por tantas manos anónimas, ahora oscilaban de arriba abajo golpeando su pecho. La casa donde trabajaba no estaba tan lejos del lugar del accidente. Si era feliz o no, jamás se lo había preguntado, no cabía dentro de su imaginario. Se quejaba a diario por la falta de un ventilador, por lo caro que estaba todo, porque su cuarto era rentado y no propio, porque no tenía un auto, porque Marusita siempre se llevaba los condones de su cajón, pero afirmar que era infeliz tampoco podía asegurarse. Ella vivía y se acabó. Sin dobleces, atendida tan sólo a sus impulsos.

Siguió corriendo por la banqueta y supo que estaba cerca cuando vio aquel tumulto de gente rodeando a un cuerpo atropellado. Empujó a los curiosos para abrirse camino y asegurarse de que Marusita estaba bien, apurar las cosas para salir de dudas, para que le dejara de latir con tanta violencia el corazón. Llegó hasta donde estaba el cuerpo tendido, escurriendo sangre y empapado en sudor. Yacía en el piso profanado, salpicado de cristales rotos y gasolina. Quiso limpiarlo, retroceder los engranajes del día para no verlo así, no descubrir quién era la persona que ahora yacía enfangada en el pavimento media muerta, quizá ya muerta.

Entonces recordó a la bruja y su sentencia: algo malo se avecina. ¿Quién iba a pensar en esto? Esa gente siempre dice lo mismo, dizque predice y nada sucede. Aquel martes, cuando se reunieron como cada semana a tomar sus copas,

la adivinadora le susurró nerviosa: es la muerte, ¿la ves?; ...y vendrá pronto, mira; aquí se ve en las cartas. ¡Ay, hija! Reza para que se alejen los malos espíritus y ponle una veladora al santo patrono de todos los cielos. Bebieron las dos hasta la madrugada, hasta que sus voces se opacaron por los efectos del brandy, hasta la salida del sol.

Un hombre vestido de policía le gritó que no se acercara. La ambulancia estaba cerca, casi encima de ellos, lo supo por el escándalo de la sirena; por eso no la dejaban acercarse, pero ella debía hacerlo, estar allí, confirmar que la persona accidentada no era su Marusita, su niña adorada, su compañera de pobreza, de carencias y de prostitución. Ella era su consuelo, siempre lo fue desde aquel día triste y gris cuando Marusita apenas tenía quince años y llegó a donde ella a pedirle dinero. Tenía la tez sucia y el pelo rojizo, pero no fue eso lo que le despertó un sentimiento de atracción sino su idea de ir al norte, de cruzar el río y olvidar la pobreza, buscar la aventura, ganar dinero y vivir como la gente, por primera vez en su vida. Al menos así decían, que allá sí había dinero; sólo hay que tener cuidado con la cruzada; lo demás era pan comido.

Comenzó una amistad dispareja. Nada coincidía entre ellas más que la ilusión de ambas por buscar nuevas tierras. Se encontraban a veces en la calle, en la plaza de armas, cuando Ramona salía a comprar algo de comida y Marusita a pedir limosna. Dicen que está bien duro, que mucha gente se muere, me lo dijo Cayetano, hoy fue a verme y mientras se desvestía me lo contó. Dice que cuando él se fue, primero tuvo que cruzar el desierto al que llaman El camino del Diablo; que el calor era espantoso, dice que te vuelve loco. A unas personas les afectó tanto que primero se empezaron a encuear, luego ya nomás avanzaban sin dirección. Al final caían muertas. Yo no le creo, no creo que sea tan difícil; acá hace un calor endiablado y

nadie se muere. Ese pinche Cayetano exagera, me cae que es pura mentira; si no, ¿cómo le hizo pa' no morirse?

Ramona le pidió a gritos al policía que le dijera si la mujer que estaba tirada en el piso era su Marusita. Gritaba como endemoniada, poseída por un dolor maligno que ella misma no entendía, hasta que comenzó a sentir que ya no era dueña de sí, que su vida era un gemido, una dolencia permanente, un desear fabricado, constante, eterno, siempre insatisfecho. Deseaba y no saber si esa persona allí tendida era su niña, su compañera de viaje hacia la opulencia. Había mucha gente y sentía más bien que se alejaba, que llegar hacia el cuerpo iba a ser imposible, tan imposible como lograr sus sueños. Aún recordaba sus reuniones en la banca de hierro forjado de la plaza de armas. Allí se sentaba a esperarla y, mientras, veía pasar al boleador de zapatos, al globero y a la vendedora de alegrías. Así fueron maquinando su partida. Cada vez se veían más seguido y hablaban; todo siempre en secreto, en voz baja, como confabulando contra el destino. Tendrás que trabajar tú también Marusita, a pura limosna no juntaremos ni el mínimo. Vente a talachar conmigo, estás fresca y eso le gusta a los hombres. Podrías cobrar más que yo y así nos iríamos más rápido. Dicen que allá los dulces son más ricos y que los globos tienen más colores. ¿Te lo puedes imaginar?

Llegó el día. El camión era viejo y estaba perforado por la corrosión; había que subir con cuidado para no cortarse los dedos. Todos iban en silencio, quien sabe si por la modorra o por el temor. Se oía la radio entrecortada por la interferencia: *Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiera te detengo, yo sé que mi cariño te hace falta, porque quieras o no, yo soy tu dueño.*

Pasada la media noche, entre susurros, se empezó a oír un ¿pa' dónde vas? Fue entonces cuando Ramona reconoció a su

vecino. Apenas se hablaban. Lo observó mientras el vaivén del camión mecía su cabeza como dando una negativa eterna. Marusita venía dormida, entonces Ramona se pasó al asiento vacío y se acercó a él. La música había cesado, sólo persistía el ruido del motor. Por qué se va usted, dijo ella. Pos ya sabe, pa' qué pregunta, ¿y usted? Por lo mismo, susurró ella. Al cabo de un rato él se volvió hacia Ramona y le dijo, mire usted, ni se le ocurra irse por el río, es muy peligroso. No se preocupe, yo y Marusita sabemos nadar. ¿Es su hija? No, es mi amiga. No importa, no se vaya por el río, dicen que hay muchas patrullas con muchos aparatos que agarran a la gente aunque sea de noche. Es mejor darle pa'l desierto. Y entonces ¿pa' dónde vamos? No me haga dudar, oiga, porque además dicen que por el desierto la gente se muere. Mire, por allá no hay patrullas, ni un alma, pa' que me entienda, mejor allá usted decida, el camión hace una parada en unas horas. Los dos volvieron a arrullarse por el ritmo del motor, por sus pensamientos, por el recelo, por el temor a lo desconocido. Después de una larga espera, el camión se detuvo; ellos y tres personas más bajaron.

El frío era intenso, nadie hablaba. Quizá el saber que se acercaba el momento de cruzar la frontera generaba una especie de ansiedad. Llegó el otro camión y lo abordaron. El camino era oscuro, aún era de noche y el vaivén volvió a adormilarlos. Los minutos se cubrieron de sombra y en esta ocasión ni la luz de las estrellas iluminó la carretera. El tiempo transcurrió entre sueños, en una dimensión donde el día y la noche ya no se distinguen, como en un estado intermedio en donde la realidad y los deseos se confunden. A la distancia, una luz esclarecía, quizá el día ya se anunciaba. Pasaron algunas horas más hasta que el sol intenso de la mañana caló las venas y el vaho de los cuerpos dormidos se extendió por el espacio. El camión comenzó a disminuir la

velocidad y todos sacudieron sus cabezas como para espantar el sueño y averiguar en dónde estaban. Después de muchos kilómetros recorridos, el camión llegó a un pueblo. Marusita y Ramona se miraron a los ojos, jamás pensaron que en verdad algún día lo lograrían. Una vez que descendieron, caminaron pueblo adentro para buscar qué comer. Una especie de excitación y de alegría las animaba. Llegaron a una fondita, a uno de esos lugares donde venden comida corrida; era barato y eso las motivó a entrar. En el fondo se oía una canción: *Dios dice que la gloria está en el Cielo, que es de los mortales el consuelo al morir. Bendito Dios porque al tenerte yo en vida, no necesito ir al cielo...* Comieron de prisa. Tenían más de 24 horas con el estómago vacío y todo les pareció apetitoso. Estaban felices de poder estar allí, sentían como si estuvieran de paseo, un largo y placentero paseo. El sol seguía brillando a pesar de estar cerca la tarde. Decidieron pasar al mercado de enfrente antes de reiniciar su camino. Allí en medio de la gente el optimismo reinaba. Un marchante les ofreció algo de tomar. Si van pa'l norte van a necesitar mucha agua, allá todo está muy seco y se van a morir de sed. Ellas se miraron sorprendidas, ¿cómo se había enterado de sus planes? Todo seguía desarrollándose en un ambiente festivo, incluso el coyote que más tarde se les acercó parecía feliz. Al fondo se escuchaba una tonada: *Es la historia de un amor como no hay otro igual. Que me hizo comprender todo el bien, todo el mal.* Les preguntó si iban para el norte y ellas asintieron; les ordenó que lo siguieran. Las llevaron a un taller mecánico. El sol se empezaba a ocultar, pero el calor aún latía incisivo sobre las sienes. Los perros se protegían bajo la sombra de los coches. Al entrar sintieron un ambiente frío, como el de una hielera. La música estaba en todo su apogeo: *Solamente una vez amé en la vida; solamente una vez y nada más...* Pasaron

entonces a una oficina no menos sucia pero sí menos ruidosa. El coyote volteó para ver si alguien los seguía y cerró la puerta. Ustedes van pa'l norte, ¿verdá? Ellas asintieron. Son tres mil quinientos dólares por persona y las dejamos ya casi pa' llegar; aun así, tienen que seguir caminando unas dos horas más, pa'l norte, siempre pa'l norte. Le entran ahorita mismo o desalojan. El hombre hablaba con prepotencia, con voz déspota. Ramona sintió todo el peso de la situación como un trancazo en el estómago. Marusita la miró, como para que decidiera porque ella se había quedado muda. Es que no traemos tanto, alcanzó a decir Ramona, nunca pensamos que... Cuánto traen, escupió el coyote. Cinco mil seiscientos, eso es todo. Dámelos ahorita mismo. Apenas los estaba sacando cuando el otro hombre se los arrebató y se lo entregó al jefe. Éste contó el dinero cuidadosamente, sus ojos corrosivos ni siquiera parpadeaban. Cuando acabó les dijo: se van en el coche aquél; no las van a poder dejar donde quedamos, así que mejor se apuran para que no las agarre el calor. Al coche blanco ahorita mismo. Ramona quiso decirle que no, que mejor se regresaban a su pueblo, a la plaza de las alegrías y de los globeros pero el hombre que las sacó del mercado las sacó también de la oficina y les indicó con un gesto de la cabeza que subieran a una camioneta destartalada. Allí, amontonados, había seis hombres y un joven como de 17 años. La parte superior del respaldo de los asientos estaba roída y mostraba hoyos por los que salían resortes de metal oxidado. El calor era infame y el resplandor cegaba los ojos. No las hicieron esperar demasiado. Apenas subieron ellas a la parte delantera, un hombre cuyo vientre protuberante y lustroso asomaba por una camisa desabotonada y sucia, arrancó el vehículo. Abra las ventanas, dijo uno de los señores, aquí atrás nos estamos ahogando. Pos jálale con cuidado o chín-

guense, dijo el gordo indiferente. Marusita venía sentada en una orilla, su cuerpo aún no podía aguantar la quemazón. Después de un rato se resignó al calor y se recargó en el respaldo. Entonces todos miraron a la ventana, otra vez callados como si el silencio fuera la olla en donde se cocina el arrepentimiento. Iban apretados, hombro con hombro, en un intento por convocar una valentía necesaria para continuar por un camino impreciso.

El día había concluido y la arena del camino quemaba los pulmones. Los baches complicaban el trayecto, la camioneta avanzaba lerda hasta que se detuvo. Habían llegado al desierto. El gordo se bajó y abrió la puerta. Bajen, ya llegamos. Marusita y Ramona obedecieron de inmediato, pero los hombres no. Uno de ellos comenzó a quejarse. Eso no había sido lo convenido, argumentó; les prometieron dejarlos al otro lado de la frontera. ¿Qué esperaban por la mierda que pagaron?, se burló el chofer, ¿que los dejara en un hotel de lujo? Comenzó una discusión que, por acalorada, espantó a Ramona y Marusita. El gordo, al verse cercado por la rabia de los hombres, sacó una pistola mientras gritaba encolerizado: ¡aquí se bajan y aquí se quedan, hijos de la chingada! Y en ese mismo instante disparó un tiro al aire. El próximo va pa' ustedes, ¿quién se anima? Subió a la camioneta, encendió el motor y se alejó del lugar sin detenerse siquiera a mirarlos.

Ramona y Marusita comenzaron a avanzar desierto adentro, estaban alteradas por lo recién sucedido, intoxicadas por su misma adrenalina y eso aceleraba su marcha. El calor era apabullante pero ellas continuaron caminando sin rumbo, alejándose de todos y de todo. El miedo era el motor de sus cuerpos y ya no había espacio para quejas. Pasaron algunas horas, al principio del recorrido hablaron del incidente con el gordo pero después fueron absorbiendo el silencio del am-

biente. La noche fue dejándose caer sobre el desierto con una pesadez lenta. Soplaba un viento ardiente arrastrando cúmulos de arena en su trayecto. La penumbra comenzaba a sembrar pavor dentro de ellas. Marusita se recostó en el suelo, exhausta. Temblorosa buscó abrir la botella de agua pero Ramona la detuvo. Aguántate, todavía nos falta mucho y nos tiene que rendir. Ya debemos estar cerca, dijo; llevamos muchas horas caminando, ya se hizo de noche y dentro de poco se deben ver las luces a lo lejos. Ignorando la sugerencia de Ramona, tomó agua hasta saciarse y se recostó sobre una piedra. Estaban las dos empapadas en sudor. A pesar de entrada la oscuridad, el calor continuaba muy fuerte, daba la impresión de que la arena se evaporaba del piso. El suelo les quemaba el cuerpo y se jalaban la ropa para no tocarlo con la piel desnuda. Durmieron vencidas por el cansancio. Pasaron muchas horas y, mientras tanto, la luna hacía su recorrido astral sobre la noche. Amaneció y las mujeres seguían dormidas, pero no por mucho tiempo porque Ramona comenzó a sentir que algo se desplazaba por su cuerpo limoso, como un hielo ardiente. Era una culebra de aspecto repulsivo. Ramona abrió los ojos y el pánico le provocó una descarga de adrenalina. El corazón le latía con violencia y, de un salto, se incorporó alejándose de las piedras. Marusita se alteró por los gritos de su amiga y lloró aún sin comprender lo que sucedía. Escuchó la explicación de Ramona, quien con voz trémula le relató lo sucedido. Marusita no la dejó terminar y con las palmas arenosas, la tomó de la mano y la jaló hacia ella para abrazarla y pedirle que partieran. Continuaron la caminata, torpe, monótona, desconsolada. Esta vez iban tomadas de la mano, la cercanía les daba un sentimiento de seguridad. El sol seguía su ascenso por el cielo limpio de nubes, los rayos se enterraban en sus nuca pero, aun así, siguieron avanzando. Las rocas

sueltas reflejaban la canícula y al final del horizonte la luz simulaba un charco enorme, como un lago blanco. Marusita se entusiasmó y Ramona corrió sin pensar sólo para encontrarse con más arena seca. Sudaban copiosamente y el sol aumentaba sus temperaturas. Cada vez su caminar era más lastimoso, más torpe y cuando una se atrasaba, la otra le ponía la mano en la espalda para motivarla a continuar. Tomaron las últimas gotas de agua, pero ya nada aliviaba sus bocas acartonadas y sus lenguas partidas. Sus ojeras estaban cubiertas de polvo fino, su piel lacerada, el pelo separado en cordones gruesos que chorreaban sudor. Así prosiguieron, paso a paso, cada vez más lánguidos. Marusita se desplomó en la arena y ésta se le pegó al cuerpo cubriéndola con una capa muy gruesa. Ramona se acercó y trató de levantarla, pero ella seguía rendida. Así estuvieron mucho tiempo, sus jadeos ya eran suaves, su piel más oscura. Ramona quiso llorar, le dolían las articulaciones y en la espalda sentía brasas ardientes, pero no pudo brotar ni una lágrima de sus ojos. Así se quedó dormida.

Tuvo un sueño inquietante: unas palomas se reclinaban sobre su pecho picoteándola hasta dejarla en carne viva. Al tratar de sacudirse la arena, se lastimaba aún más. Lloraba, lloraba mucho por el dolor y el arrepentimiento, lloraba como si las hambrunas de su pueblo triste se hubieran confabulado en su contra, lloraba por haber salido y por Marusita caída. Quiso despertar, pero le faltaba fuerza para abrir los ojos. Comenzó a ver las autopistas de su pueblo y a Marusita atravesando la calle. Ella se iba desvistiendo, se iba quitando prenda a prenda. Tengo calor, le decía mientras iba dejando su ropa por todo el pavimento iluminado. Un coche apareció a toda velocidad. Entonces ella, sobresaltada, trató de abrir los ojos en vano. Vio a muchos hombres, figuras masculinas que sigilosas rodeaban a Marusita, mujeres con las manos

en la boca y las cabezas inclinadas. Cada vez las personas se apretaban más alrededor del cuerpo de su amada Marusita; la luz de su vida. Dejó de verla. Un temor ahogó corazón. Debía asegurarse de que estaba intacta. Corrió aprisa mientras su cabeza se contraía y expandía como una paloma herida. Quería abrirse camino, asegurarse que ella estaba bien. Se tropezó contra unas ramas secas y desde el suelo, arrastrándose, continuó mirando la escena. Las figuras femeninas ahora también se desvestían por el calor, sus ropas estaban mojadas. Ella se incorporaba y seguía corriendo por las montañas de arena. Supo que estaba cerca cuando vio el tumulto a unos pasos de ella. Empujó a los curiosos desnudos para abrirse camino y asegurarse de que Marusita estaba bien, para salir de dudas y que el corazón le dejara de latir con tanta violencia. Llegar hasta donde estaba el cuerpo tirado, relamerle el polvo y la tristeza, retroceder los engranajes del día para no verla así, no descubrir que la persona que ahora yacía desnuda y enfangada era la persona amada, la cómplice de sus sueños, el único ser querido que le había hecho eco a sus quimeras, a su deseo de abandonar el oficio y la pobreza. No quería descubrir que estaba media muerta, o quizá ya muerta y por eso lloraba rendida. Marusita, Marusita..., despierta, abre los ojos; no te mueras, mira que yo te amo, no te vayas, no me dejes sola, Marusita. Las sirenas subieron el volumen. La luz del coche parpadeaba agresiva rompiendo la omnipresencia ocre del desierto. La patrulla fronteriza se acercó a los cuerpos desnudos de las mujeres caídas. Dos hombres descendieron del auto y avanzaron hacia ellas. En su camino iban pisando las prendas aún húmedas. Allí yacían dos cuerpos desfallecidos, tomados de la mano y casi fríos, tocados por la muerte. La radio tocaba una canción triste: *Dicen que por las noches nomás se le iba en puro llorar. Dicen que no dormía nomás se le iba en puro tomar.*

Juran que el mismo cielo se estremecía al oír su llanto. Como sufrió por ella que hasta en su muerte la fue llamando. Cucurru cu cú paloma...

LECTURAS

Te escribe por Facebook, te dice que está obsesionada con ese autor, que sus amigos la critican, que sus amigas la entienden. Su enamoramiento es desbordado, te dice, no lo había experimentado antes y no sabe qué hacer con esos sentimientos. Te dice que esa obsesión la ha dejado insomne y la ha sobrepasado de tal forma que siente la continua necesidad de tocarse el cuerpo a todas horas. Piensa en él a sabiendas de que todo es producto de su imaginación y nunca podrá concretar nada. Te explica que el hombre de quien está enamorada es casado, pero aunque sea una vez en su vida, le gustaría tenerlo dentro de ella. Esas son las palabras que usa, la expresión que elige para describir lo excitada que está. *She is infatuated*, dirían los gringos. Enfatuada, traduces en tu mente pero ese concepto no existe en español. Cuando vuelves a la expresión usada por ella, es decir, que sueña con “tenerlo dentro de ella”, sientes un hervor pasajero. Te pregunta —sí la discreción no parece ser una de sus virtudes— si tú no sueñas con lo mismo.

Tus ojos se detienen en esa oración que flota dentro del globo blanco que el personal de Facebook ha diseñado para su *messenger*. Te pregunta. El hilo de una voz blanca hecha de humo se eleva hasta tu cerebro para decirte que no la conoces, que te detengas. Haces un gesto con tu mano para evaporar la nube de humo y contestas.

Sí, contestas tonterías, quieres psicoanalizar a una persona extraña, quieres..., ¿psicopatearla? No sabes lo que quieres.

Si te fijas, esas cualidades que ves en él las tienes tú. Se trata de una proyección. ¿Qué porción de ti se inclina a la prosa poética, al erotismo, a la expresión, a la sensualidad,

a la belleza, a las imágenes hermosas, al arte? Porque una vez que lo sepas, tendrás que reclamarlo como se reclama un territorio que a uno le pertenece. Cuando vengas a este país, tendrás que conocerlo y si quieres... ¡enamorarlo! Pero no olvides que mucho de lo que leemos, como decía Ricoeur, es una lectura de nosotros mismos.

Te agradece la confianza, el ánimo y la bella imagen que tienes de ella. Te preguntas si tienes una imagen bella de ella, si tienes una imagen, si tienes... No. Has visto algunas fotos que ha publicado en su muro. No sabes nada. No la conoces. Pero sientes que la conoces. Continúas con la lectura y te da la razón: entiende que lo ha construido en su cabeza y deposita en él lo que necesita, lo que quiere para ella misma. Te confiesa que está preocupada. No suele ser tan inocente y abandonada a una invención. De inmediato cambia el tono de su mensaje y te cuenta un sueño en donde, al estar haciendo el amor con su novio, recordó la imagen de aquel escritor tan reconocido y, sin pensarlo, sin siquiera entender las consecuencias que su comportamiento le traería, en el comienzo del orgasmo más bello y largo y múltiple que ha tenido en su vida —esas son las palabras que usa en sus descripciones—, gritó su nombre. Esta es una muchachita muy calenturienta, te dices, muy... confianzuda. Pero continúas con la lectura. Después de haber gritado el nombre del famoso, su novio la dejó. Eso, te explica, la reincorporó al mundo de la soltería. Continúa su mensaje donde admite que le encanta, literalmente, la descripción que le has dado del escritor laureado y de pasada, te pregunta si tiene los ojos verdes. Quiere saber si tú no sientes algo agudo entre las piernas cuando estás cerca de él. Te pide disculpas por el atrevimiento, por no poder controlar su curiosidad y confiesa sentirse en confianza contigo. ¿Se enamoró de ti al verte? Eres una mujer tan atractiva, te dice. Tú no estás

tan segura porque cuando miras de reojo su foto de perfil, su rostro te recuerda al de Isabelle Adjani y el tuyo al de una jirafa con estrabismo. Ella, continúa, lo imagina enamorándose de tantas mujeres y quiere creer en la posibilidad de que, por lo menos una noche larga, podría ser de ella. Se despide y dice tener mucha suerte de conocerte y quisiera, sí, así lo dijo, poder abrazarte porque ya te lleva dentro.

Lo nuestro es en verdad muy interesante, las dos nos hemos sentido como en casa. La vida no deja de sorprenderme. Lo que más me ilusionó al leer tu texto es la posibilidad de encontrarnos algún día. Con trabajo o sin él no dejes de visitar este país. Sobre todo si quieres conocer al autor del que estás tan enamorada. Cuando decidas venir, tendrás que ponerte hermosa porque encontrarás mucha competencia. Él es uno de los escritores más cotizados.

La vuelves a contactar al cabo de unas semanas. Quieres saber cuándo vendrá a la ciudad. Te dice (¿te engaña?) que no podrá organizar sus clases para poder salir de su país. Le hubiera encantado conocerte a ti y al escritor famoso porque al ver cómo te toma de la cintura con esas manos fuertes la hace sentir que él podría estarla tocando toda, por fuera y por dentro. Así lo expresa, como si ella fuera una muñeca de plástico que venden en las tiendas de juguetes eróticos y que tienen un por dentro y un por fuera. Se ve tan amoroso, tan dulce y tan consistente y fuerte al mismo tiempo. ¿No te dan ganas de comértelo cuando estás a su lado?, te pregunta y pone en evidencia el deseo de comerse a los dos; a él y a ti porque, lo confiesa, eres hermosa.

Me dejas un poco muda, no sabría qué contestar. Él es muy amable con todo el que se le acerca. Por más que me gustaría decirte que es diferente conmigo, no es así.

Ella insiste, reclama, argumenta que en tus respuestas ni siquiera puede adivinar si a ti también te gusta. Quiere saber de ti, de tus amores, de tus deseos más íntimos, de tu orientación sexual. ¿Tu orientación sexual? Sí, eso dijo, esa fue la frase que usó esa persona que dice ser tu amiga, que jamás has visto en persona y que sólo tiene algunas fotos en su muro. Pero te gusta el juego, te interesa saber hasta dónde van a llegar las cosas, qué palabras va a usar para compartirte su amor, para seducirte; hasta dónde es capaz de llegar para sacarte algo de información, qué piensa hacer para mantenerte atenta.

¿Vendrás algún día?

Te dice que ganas no le faltan porque le encantas en tu foto de perfil: que tu sonrisa es única. Pero, aunque eres muy bella, ve casi imposible reunir dinero para desplazarse. Las cosas en su país no están bien. Las amenazas de los grupos armados son una constante. Los odios de un bando y del otro la hacen ser muy inhibida, confiesa. Y allí detienes tu lectura. La personalidad de esta mujer no obedece a ese adjetivo. Pero continúas leyendo porque, después de todo, tiene razón. A los hombres les brota la violencia como una forma de estupidez que quieren hacer valer en todos los terrenos de la vida. Pero queda siempre la poesía, dice y casi puedes adivinar cómo su voz se hace más grave y cómo baja su mirada al decírtelo. Nunca se sabe qué esperar y con esa frase termina su mensaje. Nada de erotismo, nada para estimular tu imaginación.

Pero, ¿está tan mal la situación por allá? ¿Tú estás bien?

Mal. Muy mal, por fin se conecta después de varios días. Y te explica que su país es su pasión y, al mismo tiempo, su dolor. Incluso en Facebook se refugió en el español para no ser señalada. El español es su velo. Allá pocas personas lo hablan. Y reduce al mínimo las fotografías compartidas en redes. No incluye a su familia ni al círculo de personas cercanas que

puedan ser señalados por su culpa. Dice ser más relajada que muchos de sus amigos. Todos pertenecen a una serie de facciones donde se expresa el odio y el rencor. Ella es de las que cree que hay esperanza y que guardar la calma y estar abierta a todo lo bueno es más importante que dejarse llevar por la violencia. Ya te mostrará en persona muchas cosas bellas algún día, concluye, y antes de terminar su mensaje lanza de nuevo la pregunta: ¿te gusta el escritor?, y firma el mensaje con su nombre. Como si no pudieras verlo en su muro, en sus mensajes, en todo el espacio que la red social ha asignado para ella.

La pregunta recorre los pliegues de tu cerebro. Te vas a dormir y antes de cerrar los ojos piensas en esa amistad, en esa pregunta, y en la violencia. La curiosidad te mantiene alerta, la sensación de que algo distinto ha ocurrido en tu vida. Una mujer del extranjero te ha contactado porque ahora las une un escritor... y el deseo.

Sé que lo admiras, que lo adoras, que mueres por él. Si algún día lo conoces y llegas a contactarlo, no le digas todo lo que hemos platicado. No quisiera que él sospeche cómo me siento cuando estoy a su lado. Que sea un secreto, nuestro secreto.

Algo desconcertante sucede, al fin vuelcas tu verdad en ese último mensaje y ella no vuelve a contestar. Incluso no ha postado nada desde algunas semanas. Cuando revisas su muro de Facebook y sus publicaciones más antiguas, ves que el escritor laureado la saluda y agradece toda la difusión que ha hecho de su obra. Es casi inmerecida. Revisas las publicaciones de tu amiga y todas ellas están dedicadas a él. Es como si ese muro fuera un reflejo del muro del autor en cuestión. Sientes un hervidero de agujas en el estómago. Vas a la sección de amigos para ver cuántos tiene. La red social te permite ver a dos de ellos: tú y el escritor famoso.

OCHO

*no dijo la dama de blanco tu deber es escribir haya
o no haya sol tocar el revés de la cartografía hundirte
en la tinta del pulpo y mirar si es posible mirar pero
no ver si dijo la dama de negro tu deber es callar haya
o no haya sol torcer hacia dentro la lengua aceptar
el placer y no escribir si es posible no escribir*

EDUARDO CHIRINOS

Esta será la historia de Polo y Nena. No demoraré en detalles, éstos los conocen a la perfección Polo y Nena. Yo no. Yo solo sé que nada de lo que uno sabe es cierto. Por eso dejo las nimiedades a los personajes y continúo con mi relato. Polo conoció a Nena desde que ella era pequeña. Lo testifica una foto donde los dos aparecen juntos. Él a un lado de su madre y ella en las piernas de la suya. Estas dos mujeres eran muy buenas amigas en aquel tiempo y, a pesar de haber tenido varios hijos, esa foto fue capturada justo cuando los dos pequeños estaban cerca de ellas. Las dos señoras miran a la persona detrás de la cámara, sus peinados son altos y acartonados y su maquillaje sigue la moda de la época. Polo esconde tímidamente su cuerpo detrás del de su madre y Nena mira al lente, desafiante, mientras se saca un moco. Un clic y ya está. El instante se vuelve historia. Polo nació 8 años antes que Nena y así queda evidenciado en esa imagen. Por eso ella aparece sentada en el regazo de su madre. 17 años después se

conocerán. O digamos que se reencontrarán porque, como dijimos hace unos momentos, ya se conocían.

Polo le contó la historia a Nena de cuando entró a la prepa, de cuando se fue a estudiar al extranjero porque allá la vida parecía mejor. Le contó de cómo lo apuñalaron y Nena dijo recordar que, cuando tenía 8 años, su mamá se alteró al recibir una llamada telefónica. Recuerda que dijo: Polo tuvo un accidente... Y entonces el número 8 apareció en su cabeza, como el apodo de él, dos círculos cercanos el uno del otro, divididos por una letra, a manera de frontera, y un punto imaginario transitándolos de forma horizontal. ¿En verdad te acuerdas?, preguntó Polo y ella asintió muy segura de su memoria. Recuerdo además el día que llevaste a Sandy a mi casa, dijo Nena. Yo estaba sentada en la parte superior de la escalera y desde allí, asomada por el barandal, lo vi todo. Ella tenía el pelo negro y liso, casi hasta la cintura, ¿no es así? Polo se asombra de que ella haya sido testigo de algunos episodios de su vida y un sentimiento de pudor lo embarga cuando sabe que Nena conoció a Sandy. Él, por su parte, no recuerda nada de Nena. Te cargaba de pequeña, afirma queriendo corresponder la atención. Pero Nena sabe que eso es mentira. Nadie en su sano juicio dejaría un bebé robusto en manos de un niño de esa edad. Eso es simplemente imposible. Y aun así agradece el gesto. Ella es muy tímida, apenas habla, pero eso no le impide darse cuenta de que él miente y que lo hace por agradarla. Tampoco es seguro que en el futuro ella dejará de ser tímida y vivirá para servirlo a él.

Pero algo sucede en ese momento y Nena decide mentir también. O al menos así es percibido por Polo, como una mentira: eso no puede ser, ella no puede pensar así. Basta que algo sea percibido de esa forma para que pase a ser parte de la verdad. Ella no vivirá para limpiar una casa. La vida es muy

corta como para desperdiciarla tomada de una escoba. Polo en ese momento se evade como se ha evadido los 26 años que han vivido juntos cuando no quiere o no puede contestar. A la fecha Nena nunca ha sabido cómo interpretar esos gestos abruptos de su cara porque, además, vienen emparejados con una mirada vaga. A ella siempre le ha parecido que él se ausenta cada vez que dice algo difícil de digerir. Entonces él no sabe qué contestar y ella tampoco. Y reina el silencio.

Un agosto Polo, Nena y sus hijos, dejaron de vivir en México y se mudaron a Dallas. Ese viernes (porque el día de agosto con el que empieza esta historia cayó en viernes), Nena se bañaba. A veces cantaba en la regadera y, justo ese día, le dio por tararear “El rey”: *Una piedra en el camino, me enseñó que mi destino, era rodar y rodar. Rodar y rodar, rodar y rodar...* A las 10:25 AM sonó el teléfono y escuchó que la voz de Polo se alteraba. Su cuerpo reaccionó como siempre: antes que su mente. Pero eso ella no lo sabía. Lo descubrió algunos años después, cuando en la búsqueda de un encuentro consigo misma, asistió a un taller de psicología y descubrió que su cuerpo leía la realidad antes que su mente. Qué curioso, se dijo, pensé que yo era más cerebral. Pero entonces también recordó que cuando fue a una lectura de poesía en un auditorio, uno de los poetas agredió en público a su colega con el que compartía el panel y, a pesar de que nadie lo notó, a Nena le comenzó a temblar el cuerpo, lo que le permitió advertir que algo malo estaba sucediendo y claro, eso confirmaba su sensibilidad. Pero antes de seguir divagando, habrá que volver al tema. Cuando Nena salió de la regadera, Polo le dijo: secuestraron a mi sobrino, nos tenemos que ir a vivir a Estados Unidos. A las 4:40 PM su avión despega hacia el norte, a las 6:20 PM vivía en EU y a las 8:00 PM se dio cuenta de que su vida comenzaba a girar como los tornados.

Nena decidió que para integrarse a su nueva vida debía dejar de llorar y estudiar su doctorado. A Polo no le gustó la idea como tampoco le gustó nunca la imagen de Nena sacándose los mocos y, mucho menos, sus mentiras. Cuáles mentiras, alegaba Nena, pero por toda respuesta obtenía la indiferencia. Por si fuera poco, ella sentía demasiado dolor, demasiado desarraigo como para incursionar en las peleas de siempre. Se presentó en la universidad y dijo: quiero estudiar un doctorado. Cumplió con todo lo que tenía que hacer para ser aceptada. En la universidad aprendió poca cosa. En realidad, nada. Hubo algo, sin embargo, que entendió desde un principio: los gringos tienen lo suyo. No eran lo que decían las historias de horror que contaban los maestros de la UNAM. Los gringos tenían lo suyo y Nena aprendió a admirarlos. No a todos, algunos de ellos sí que se merecían el desprecio de los maestros de la UNAM, pero como suele suceder, la vida no está hecha de absolutos; en las sutilezas de la rutina se podrían encontrar personas muy interesantes. También aprendió otra cosa: que la popularidad era un producto preciado por ellos, y eso se traducían en ingresos. Si la máxima para los griegos era la verdad y la congruencia, para éstos era el aplauso y el consenso. Por último, se enteró de que lo del secuestro había sido una mentira, el sobrino había sido raptado por sus propios padres para ordeñar un poco de efectivo.

Cuando nuestra pareja ya tenía viviendo en el extranjero casi 8 años, decidieron pedir la residencia. México está del carajo, dijo Polo. La violencia había tomado las calles y a Nena le parecía que el Estado, tal y como lo había concebido Rousseau, ya no existía. A decir verdad, tampoco existía en ninguna otra parte del mundo, ni siquiera en Estados Unidos y aquello de la democracia y la votación era un asunto podrido. Los medios ya no informan, dijo Nena una mañana, y fue

cuando aceptó dar clases de periodismo en la misma universidad de la que se había graduado. Aunque si el secuestro de tu sobrino fue una farsa, podríamos regresar a México, murmuró Nena después de un ruidoso sorbo de café. No lo creo, dijo Polo, ya secuestraron a mi sobrino y no quiero arriesgar a los hijos para que pasen por lo mismo. Pero todo fue falso, alcanzó a decir Nena. Polo ya no la escuchaba.

Un día Nena decidió iniciar su propio periódico. Todo empezó con un proyecto para sus alumnos, pero al cabo de un tiempo, la publicación se realizó. El periódico se llamó *La verdad*. Finalmente se hacía algo que cubriría la verdad de todo con respecto a todo. El grito que pegó Polo aún se escucha en algunos recovecos de las montañas rocallosas. Pero Nena compró unos tapones para los oídos en Walgreen's, su tienda favorita, y siguió adelante. El eco de aquel grito dio la vuelta al mundo y regresó justo al lugar donde estaba Polo. Lo golpeó en la nuca, lo tiró al suelo y cuando volvió en sí, dejó atrás sus antiguos atavismos o, por decirlo de otro modo, olvidó todo prejuicio y nunca volvió a hablar del tema con Nena.

Lo más pesado del trabajo en el periódico no fue la coordinación de los materiales, tampoco conseguir colaboradores comprometidos. Lo difícil se volvió conseguir patrocinadores. Pasaron muchos meses y Nena se fue gastando todo lo que había ahorrado su vida entera. Hasta que un día decidió vender la publicidad ella misma. Se llevó su tiempo pero, al final, logró las primeras ventas. Todo iba marchando viento en popa hasta que Nena recordó que tampoco importaban los patrocinadores, sino el consenso. Una publicación no existe hasta que la gente no habla de ella. Y así pasaron los días y meses y Nena nada más pensaba en dar a conocer *La verdad*.

Algo sucede en esa época y Polo decide mentir también. O al menos así es percibido por Nena, quien no acaba de enten-

der por qué Polo sigue hablando del secuestro como un hecho consumado cuando, en realidad, fue una farsa. Pero basta que algo sea percibido como una verdad para que pase a ser parte de la mentira. Él no vivirá para estar solapando un matrimonio irreverente. Nena, su esposa, ha estirado la liga a tal punto que, antes de que reviente, él tomará cartas en el asunto.

En esas estaba cuando tuvo que hacer un viaje a México. Serán unos días, le prometió a Nena cuando ésta le reclamó justo eso: son muchos días. Tenemos que comer, ¿sabes?, contestó irónico a la súplica femenina. Empacó sus cosas y se fue.

Una tarde digamos que muy calurosa (porque Nena era aún joven para pensar que la menopausia se avecinaba) Polo la llamó por teléfono. Eran las 6:20 PM. Nena se dijo, ¿quién será? Una pregunta hartó cursi y redundante, pero ya había atravesado su pensamiento así que decidió recoger su atención y depositarla en el auricular que ahora sostenía pegado a su oreja. La voz de Polo se escuchaba alterada. Nos regresan a México, dijo de sopetón. A Nena se le flexionaron las piernas y cayó despacio sobre la silla rígida que estaba detrás de ella. Pero no cayó en el centro, por así decirlo, como lo hubiéramos imaginado todos en una escena de las películas de Hollywood: sólo una nalga alcanzó a pescarse de la silla, pero como las rodillas no le respondieron, resbaló del asiento y el descenso continuó hasta el piso en cámara lenta. Todo estaba sucediendo con una violencia silenciosa, pero Polo no lo supo, no pudo adivinarlo sino varios días después, cuando le vio un moretón en el trasero. Era más negro que su cabello. Cómo saberlo si estaba en la oficina tratando de entender si todo ese alboroto legal estaba ligado a la empresa que dirigía o si *La verdad* había propiciado ese problema. Nos regresan a México, volvió a decir Polo. Hay un absurdo legal muy cabrón que no da cabida a nuestra estancia en Estados Unidos.

Saldrían deportados al día siguiente. Su vuelo sería el 422 y estarían despegando a las 3:05 PM. Nena, aún en el piso tras su caída, percibió que, por primera vez en su matrimonio, Polo había dicho una mala palabra, pero de inmediato dejó ese pensamiento y llevó sus manos a donde se había originado el dolor. Si tratamos de apegarnos a la verdad, el primer dolor que sintió Nena al recibir la llamada fue en el centro del corazón.

Polo no volvió a ser el mismo. Se sentía humillado, vejado y, para ser específicos, traicionado. Para él era difícil encontrar las palabras exactas que expresaran sus sentimientos. Él no era un hombre que se regodeaba en la exquisita expresión que puede surgir del buen uso de ellas. Él era un hombre de negocios y lo que el gobierno americano le había hecho no tenía nombre. Tampoco dijo nombre, dijo madre, pero como no es la palabra que describe la situación correcta, no la utilizaremos en esta historia.

Nena no comprendía la razón exacta de esa deportación. Ella no era una mujer de números sino una mujer de palabras así que la suma de los acontecimientos restaron su capacidad de comprensión y multiplicaron la división del matrimonio. Eran demasiadas cosas sucediendo a la vez como para digerir su nueva realidad en los escasos 17 días que llevaba viviendo en México. Su adaptación tomaría tiempo, pero ella no lo sabía. Por ahora buscaba respuestas para lograr entender su realidad.

Esa mañana salió temprano a la hemeroteca. Si el gobierno de Estados Unidos había ordenado su deportación, algo podría encontrar en publicaciones pasadas. Alguna noticia, alguna referencia a las nuevas leyes de inmigración, por ejemplo. Polo se encontraba en *shock* y no le dirigía la palabra a Nena desde que habían llegado a México. Había estado pasando los días de abogado en abogado y tapando todos los

fuegos que podía. Ella necesitaba saber qué estaba pasando. El nombre de Polo salió varias veces en la ventana de búsqueda de la computadora de la hemeroteca, incluso en las primeras planas de algunos periódicos de meses anteriores.

“Esta es la historia de dos personajes indocumentados que salieron de México. Los llamaremos por sus apodos para proteger la identidad de los involucrados. Polo y la Nena no atravesaron la frontera por el río o el desierto de Arizona como hacen la mayoría de los que parten al país del norte en busca de una mejor suerte, sino en un avión de línea comercial. Desconocemos las particularidades de los identificados, esas quedarán en el anonimato por petición de la PGR hasta que se esclarezcan los hechos. Se sabe que en el extranjero él realizaba dudosos intercambios comerciales y que ella comenzó una publicación bajo la que cubrieron la venta de armamento a los grupos de narcotraficantes que operan en la frontera de México. El país del norte ha guardado un sepulcral silencio desde que se publicaron los nombres de los involucrados y, a la fecha, no se han podido confirmar ambas acusaciones”.

Curiosamente, Polo había guardado bajo llave esos recortes entre sus archivos. Nena nunca los había visto porque, como dijimos, en esos primeros días de su llegada a México, Polo se quedó sin palabras y dejó de hablar con la Nena por mucho tiempo. En parte por la impresión, en parte por el enojo. No tenía mucho que decir, intentaba arreglar el asunto de la deportación para recuperar, por lo menos, algunas de las inversiones que había realizado en aquel país y, por qué no decirlo, su visa de entrada.

En México, temía a los secuestros, por lo que adquirió un cierto grado de paranoia con respecto a sus hijos, aunque también a sus antiguos proveedores y a los grupos armamentistas que, ahora lo entendía, habían actuado con dolo y ven-

ganza cuando *La verdad* publicó un artículo sobre el tráfico de armas (no de drogas) en la frontera que separa a Estados Unidos de México. Polo buscó ayuda legal. Él siempre había sido de carácter inseguro y necesitaría de toda la ayuda posible. Enfrentarse a los grupos con los que él lidiaba y a uno de los gobiernos más poderosos del mundo, no era cualquier cosa. Aunque, a decir verdad, ya no era el país más poderoso del mundo desde la crisis del 2008. Ciertos estudiosos dicen que la decadencia empezó con la guerra de Vietnam. Otros, que empezó cuando la era Bush tomó el poder. Fuera cual fuera la causa, el país seguía siendo de cuidado. Y más para Polo quien, desde pequeño, había crecido con sigilo y temor. Le daban miedo los cambios y a pesar de tener un carisma natural, sentía la necesidad de controlar. “I like double, triple redundancy” repetía en inglés desde que, años atrás, había oído esa frase de un amigo cercano. De inmediato la volvió su lema. Cuando algo salía de su rutina o lo que él entendía por normalidad, guardaba silencio y trataba de borrarlo de su mente. Por eso cuando Nena le anunció que iniciaría un periódico se había enfadado. Su silencio frente a las cosas se volvió acumulativo.

Al cabo de algunos meses de litigaciones, idas a la corte, noches insomnes y otra serie de cuestiones legales, el asunto se resolvió de tal forma que se demostró legalmente que las transacciones dudosas y el contrabando entre grupos armados de la frontera nunca existieron. Es más, en la versión digital del *New York Times* se aseguró en primera plana que no existían empresas armamentistas en Estados Unidos cuya venta estuviera destinada a particulares. La legislación internacional prohíbe vender armamento a otras instancias que no sean absolutamente gubernamentales. Esa fue la palabra del encabezado: *absolutamente*. Polo quedó entonces como un

reverendo pendejo por sus tratos comerciales y por haber permitido la publicación de *La Verdad*. Aunque tuvieron suerte porque, fuera del escándalo, la demanda contra él y el periódico no prosperó. Soy un reverendo pendejo, dijo cuando el caso se cerró y le cargó la culpa al periódico. Según la versión que le contó, en el curso de las investigaciones los abogados federales habían encontrado las fotografías de algunos grupos paramilitares comprando armas norteamericanas en los archivos de la oficina de *La verdad*. Esas fotografías servirían finalmente para que llegaran a un arreglo fuera de la corte. Exceptuando algunas multas excesivas debidas a sus dudosas transacciones, Polo logró recuperar para su familia buena parte de normalidad. Todo lo que parecía verdad había sido una burda mentira. Sus abogados no consiguieron recuperar su visa de entrada a Estados Unidos pero Polo sintió que el desenlace no había estado tan mal. Sí. Efectivamente. Había perdido varios kilos pero, dada la gravedad de las acusaciones, las cosas le habían salido francamente bien.

Había vivido peores situaciones en la vida como cuando lo apuñalaron. En esa época estudiaba en Estados Unidos (ahora que lo pensaba, sus peores desgracias las había vivido en ese país). Se había ido de parranda con su grupo de amigos de la universidad. Casi todos, menos Sandy, eran mayores que él, lo que le impidió advertir que uno de ellos era adicto a la coca. Así, cuando un sábado a media noche salieron a un bar, Polo nunca notó que el conductor había tomado otra ruta y se detuvo en un lugar que no había sido el acordado. Bajó del auto a comprar (ahora lo sabía) droga “pa’l rato”. Al parecer estaba en deuda con el grupo que lo surtía cada semana porque al pretender recoger su dosis acostumbrada lo acribillaron. El único con plena conciencia del crimen fue Polo, quien reaccionó y al instante ya estaba a un lado de su

amigo tratando de salvarlo. En medio de ese caos fue que lo apuñalaron. Todo en vano porque su amigo ya estaba muerto. A gritos pidió a los demás que arrancaran el vehículo para huir del lugar. Sin embargo, al ver el cuerpo del conductor en el piso y los chorros de sangre saliendo por la aorta, todos (Sandy incluida) le reclamaron a gritos su falta de compasión. En lugar de arrancar bajaron del carro para recogerlo y no fue sino hasta que Polo les avisó furioso que estaba muerto, cuando todos regresaron de inmediato al coche y arrancaron histéricos hacia el hospital. Los padres de Polo se enteraron hasta el otro día. Entre nervios y sollozos tomaron el primer vuelo que encontraron. La primera persona que lo supo fuera de la familia fue la madre de Nena. Al escuchar en voz de su mejor amiga que su hijo había sido apuñalado, en lugar de mostrar compasión por ella y ofrecer ayuda, pegó un alarido tan fuerte que la Nena jamás olvidó el incidente.

Fue por eso que cuando la Nena y Polo comenzaron a salir, ella le mencionó que recordaba perfectamente cuando había sido apuñalado... Un hecho que, como dijimos antes, permitió a Polo inventar el cuento de que él cargaba a Nena cuando ella era bebé. Cuando las madres se reunían durante la niñez de ambos, Polo ya se sentía atraído por la Nena (un bebé rollizo y cachetón) y una foto testifica que Polo sí llegó a cargar a la Nena. Esa imagen captura a Polo con la Nena en sus brazos. Ella, aterrada, aparece llorando y con las piernas al aire. Al parecer, se sabe en medio del vacío. Una de sus manitas toma del cabello a Polo como si fuera su asidero. Éste aparece haciendo gestos de dolor. No debe ser fácil soportar los jaloneos de una bebé malcriada cuando se tiene 8 años. A pesar de que la Nena llora espantada mira al lente, retadora, como diciendo, qué carajos esperas para venir a salvarme. Polo, sin embargo, no ve a la cámara. Él tiene los

ojos cerrados mientras la Nena jala de su cabello. Más bien se le nota adolorido y agobiado dado el tamaño del bebé que carga. Las madres de los niños aparecen atrás de ellos. No miran al lente de la cámara. Ambas sonríen mientras conversan como ensimismadas. Sus peinados son altos y acartonados y su maquillaje sigue la moda de la época. Un *clic* y ya está. El instante se vuelve historia.

Esta será la historia de Polo y Nena. No demoraré en detalles, éstos los conocen a la perfección Polo y Nena. Yo no. Yo solo sé que nada de lo que uno sabe es cierto. Por eso dejo las nimiedades a los personajes y continúo con mi relato. Polo conoció a Nena desde que ella era pequeña. Lo testifica una foto donde los dos aparecen juntos. Él a un lado de su madre y ella en las piernas de la suya. Estas dos mujeres eran muy buenas amigas en aquel tiempo y, a pesar de haber tenido varios hijos, esa foto fue capturada justo cuando los dos pequeños estaban cerca de ellas. Las dos señoras miran a la persona detrás de la cámara, sus peinados son altos y acartonados y su maquillaje sigue la moda de la época. Polo esconde tímidamente su cuerpo detrás del de su madre y Nena mira al lente, desafiante, mientras se saca un moco. Un clic y ya está. El instante se vuelve historia.



Rose Mary Salum es autora de los libros de cuentos *Tres semillas de granada*. *Ensayos desde el inframundo* (Vaso Roto, 2020), *El agua que mece el silencio* (Vaso Roto, 2015), *Delta de las arenas, cuentos árabes, cuentos judíos* (Vigía, 2015, Literal Publishing, 2013;) y *Entre los espacios* (Tierra Firme, 2002). Por su labor literaria ha recibido el Premio Interamericano Carlos Montemayor 2017, el International Latino Book Award 2016, International Latino Book Award 2014, Mujeres Destacadas Award 2014 otorgado por la agencia periodística norteamericana ImpreMedia, Author of the Year 2008 del Hispanic Book Festival, el Classical Award otorgado por la Universidad norteamericana de St. Thomas 2006 y un reconocimiento por el Congreso de Estados Unidos. Es colaboradora de la Academia Norteamericana de la Lengua.

\$12.95

ISBN 978-1-942307-35-8

5 1295 >



9 781942 307358